

Capítulo 1

Bahía Blanca, Buenos Aires, 26 de mayo de 2015, 1:28 hs.

Desde que había aceptado ese trabajo de chofer nocturno Beto se sentía una basura. Según sus cálculos con dos o tres viajes como ese podría cubrir la mitad de la deuda. Pedir tanto dinero para apostar había sido una estupidez. El remordimiento era peor cada noche que esperaba al volante de la combi. Era buen dinero por transportar a unos chicos desde el boliche hasta donde le habían ordenado. Beto consideraba que lo mejor era no saber qué les pasaba luego de que se llevaban a los muchachos. Después de todo él solo era un chofer con un horario que cumplir. En eso sí que los hombres eran muy estrictos: tenían que llegar a las dos y media de la mañana. En punto. Como siempre, le ardía el estómago y no sabía si era por el trabajo o por el miedo a ser impuntual. En cada entrega sentía que si hacían algo mal esos hombres lo matarían. Con la reputación que tenían, no le faltaban motivos para pensar así.

La parte trasera de la discoteca estaba desierta y en silencio. Mientras se miraba en el espejo de la combi trataba de mejorar su apariencia. Por más borrachos que llegaran, se suponía que estaban subiendo a un transporte elegante. Se había apretado tantas veces la corbata que el nudo casi no se le veía entre los dedos regordetes. Le pareció que el reloj del tablero insistía en moverse a toda velocidad. Ya era hora de que Hugo saliera del boliche con algunos muchachos.

Pocos minutos después se abrió la puerta trasera de la discoteca. Las risas se escuchaban en medio de la música estridente que provenía del interior. La acidez se le atenuó un poco al ver a Hugo que, con su traje blanco, se acercaba a la combi junto a cuatro jóvenes. Con esa cantidad habría buen dinero. Puso en marcha el motor con los dientes apretados. Se había hecho tarde.

Las que empezaron a subir fueron las tres chicas. La primera fue una rubia que ni lo miró. Tenía una falda tan corta que dejaba poco a la imaginación. La muchacha se dio vuelta para sujetar la mano de la siguiente que no encontraba los escalones. Beto quedó sorprendido por el color gris claro de los ojos de la muchacha que trataba de subir. El cabello castaño del lado derecho estaba casi rapado, tenía calzas negras y un buzo del mismo color. La morocha que aún no había subido ayudó a la del medio empujándole el trasero. La de cabello negro tenía las rodillas a la vista a través de los pantalones vaqueros desgarrados a propósito. El muchacho que estaba detrás de ella la sostuvo cuando perdió el equilibrio. Una vez arriba la morocha se inclinó para ver de cerca al chofer. Se tapó la boca y comenzó a reírse a carcajadas. Cuando las tres se dejaron caer en sus asientos el conductor las miró por el espejo. Estaban tan maquilladas que podrían tener entre trece y veintitrés años.

Por fin el varón se trepó con agilidad. No tenía más de dieciséis años y parecía muy serio con su traje azul oscuro y peinado a la gomina. Se acomodó en el asiento que estaba delante de las chicas. Ellas enseguida empezaron a tocarle el pelo en medio de las risas. Cuando subió Hugo, Beto cerró la puerta y le señaló el reloj con el ceño apretado. El hombre de traje blanco asintió y con una sonrisa ensayada se dirigió a los pasajeros:

—Muy bien, chicos, pónganse cómodos —dijo con tono cantarín— Ahora va a empezar la diversión. Este es Beto, nuestro chofer y es lo más. Un aplauso para él.

Todos aplaudían y silbaban. El conductor miraba el tráfico con atención, tenían que ingresar a la ruta. Hugo se acercó alisándose las solapas del traje blanco. Se inclinó para hablarle al oído.

—Che, Beto, por favor poné un poco de música y cambiá esa cara de culo. Se supone que somos gente de mundo, todos estamos felices, ¿no?

—Yo voy a estar feliz cuando lleguemos a tiempo —respondió sin dejar de ver el tráfico el chofer fue subiendo el volumen del equipo de audio de la combi—. Decime, boludo, ya sabés que tenemos un puto horario, ¿se puede saber por qué tardaste tanto?

—Una de las chicas quería hacer pis antes de salir —miró a los pasajeros y le volvió a susurrar—. Viste lo que traje hoy. No te podés quejar. Las tres pendejitas están una mejor que la otra, pero la joyita es el pibito. Lo vi apretando con un tipo, un veterano. Hoy vamos a cobrar buena guita.

—Mirá, Hugo, yo solo soy el chofer y lo único que tengo que hacer es llegar a tiempo. Estos tipos no esperan.

—Tranquilo, Beto —le hizo un masaje en los hombros—. Son las dos menos cuarto de la mañana. A esta hora no hay nadie en la ruta. Podés meterle pata.

—No me jodas. Si nos paran por ir a los pedos, cagamos.

—Todo va a salir bien y nos vamos a llevar unos buenos pesitos. No me mires así. Me voy a prepararles los tragos a estos pendejos.

—Sí, dale. Dormilos lo antes posible así aflojan con el quilombo —tras una pausa lo llamó en voz baja— Hugo.

—¿Qué?

—Rezá porque lleguemos a tiempo. Hay que estar a las dos y media, justo. Estos tipos no esperan a nadie.

Entre la acidez y la atención al tráfico, hacía rato que había dejado de observar a sus pasajeros. Solo le preocupaba mantener la velocidad apenas por debajo de los 90 kilómetros por hora. Beto hizo un cálculo rápido y supo que a ese ritmo no podrían llegar al descampado a tiempo. Tal vez si pasaba un poco el límite de velocidad conseguirían ser puntuales. En medio de la oscuridad la ruta nacional 51 se veía como una cinta negra delante de las luces halógenas. Beto alternaba la observación del camino con el velocímetro y el reloj del tablero. Cuando pasaron junto a la entrada a Cabildo se aflojó el nudo de la corbata. Se le había humedecido el cuello de la camisa.

En la cabina seguía el clima de fiesta. Las chicas se reían sin control. El chofer cada tanto miraba a su asociado por el espejo y lo veía conversar divertido con los cuatro muchachos. Rogaba para que las bebidas hicieran efecto y que por fin cese el griterío. Después de observar los instrumentos del tablero hizo nuevos cálculos. Si quería llegar a tiempo tendría que acelerar. A esos hombres les daba igual la cantidad de muchachos con tal de que los entregase a las dos y media de la mañana. Esa era la única exigencia. Según los rumores en Bahía Blanca, nadie volvía a ver a los choferes impuntuales.

Poco después de que pasaron el Dique Las Piedras las señales indicaban que la ruta pronto se volvería sinuosa. En ese tramo era necesario bajar la velocidad.

Hugo estaba sirviendo la segunda ronda de bebidas. La historia para los chicos que llevaban siempre era la misma: se dirigían a una fiesta lujosa y privada con personalidades del ambiente artístico. Su colega era un drogadicto que conseguía tentar a algunos muchachos de buen aspecto, como los cuatro que iban atrás. Beto no quería ni imaginarse lo que les esperaba a esos pobres chicos. No era problema suyo. Él era el chofer, su vida era una porquería y tenía sus propias preocupaciones.

Después del camino sinuoso venía un tramo de cinco kilómetros donde la ruta era casi recta. Allí podría acelerar para recuperar el tiempo perdido.

Por el espejo observó que Hugo le guiñaba un ojo. Por suerte ya no se escuchaba el escándalo desde los asientos de atrás. La otra buena noticia era que estaban cerca de la parte recta de la ruta. Apagó la música.

En medio del silencio de la cabina se escuchó un sonido gutural. Beto odiaba cuando alguien le vomitaba la combi. La chica del pelo rapado estaba pálida y se limpiaba la boca con unas servilletas que le alcanzaba Hugo. Esas cosas pasaban seguido, pero era tarea de su socio usar el equipo de limpieza que estaba en el fondo. La muchacha se tapó la cabeza con la capucha de su buzo negro. La rubia, la morocha y el chico debían estar tirados en sus asientos vencidos por el efecto de la droga en la bebida.

Beto abrió la ventanilla y el fresco de la noche ventiló el vaho áspero del interior de la combi. Pese al frío se concentró en la ruta. Regresó la vista al reloj. Se puso a putear entre dientes. A esa velocidad llegarían tarde. Aceleró y el volante comenzó a vibrarle en las manos. Faltaban cinco minutos para que se terminara el plazo y a esa velocidad tardarían diez. Pisó el acelerador con confianza porque solo debía conducir en línea recta.

Por fin en la cabina todo estaba ventilado y en calma. Su compañero se le acercó en silencio y también miraba el reloj del tablero. Tenían que llegar en dos minutos. Beto vio por el espejo que Hugo contemplaba la ruta con los labios apretados. Supuso que su socio también estaría rezando para que no viniera nadie de frente. A esa velocidad y andando por la mitad de la ruta no podría esquivarlos. Faltaba un minuto para las dos y media y Beto no veía la entrada al descampado.

Tuvo que frenar de golpe. Casi se pasan de largo. La combi se inclinó al doblar hacia el camino lateral de tierra de la derecha. En medio de la oscuridad solo podían ver unos pocos metros hacia adelante, avanzando despacio por la estrecha senda rodeada de árboles. Por fin llegaron a un claro del bosque, era su destino. Beto apagó el motor. Entre las sombras apenas se veía a los cuatro hombres que formaban un semicírculo. Todos iban de negro con pasamontañas. Nadie se movía.

Beto miró su reloj. Eran las dos y treinta y dos minutos de la mañana. Conocía la zona y sabía que se encontraban en medio de la nada a pocos kilómetros de Nolasco. Se quedó quieto en su asiento tras el volante observando a esos tipos armados. Él en ese momento solo quería volver a Bahía Blanca con su combi y su dinero.

Detrás del grupo de los cuatro aparecieron las luces de la parte trasera de una camioneta. Los hombres de negro les hicieron gestos para que salgan. En cuanto estuvieron sobre el césped, dos del grupo subieron a la combi y fueron bajando de a uno a los muchachos adormecidos.

Beto y su socio observaban cómo se llevaban a los chicos sujetándolos por los tobillos y los hombros, los brazos les colgaban flácidos a los lados. De a poco los fueron acomodando en la parte trasera de la camioneta. Los dos se sobresaltaron al oír que alguien les hablaba de atrás.

—¿Qué trajeron hoy? —La voz ronca parecía la de una persona mayor.

—Son tres minitas —intervino Hugo que se había recuperado primero de la sorpresa, y guiñando un ojo al hombre agregó— y un muñequito.

—Muy bien —dijo el de la voz áspera sin mirarlos—. Antes de llevarlos a Nolasco, mis asociados van a examinar la calidad de la mercadería y veremos cuánto les vamos a pagar. ¿Por qué llegaron tarde?

Beto no respondió. En ese momento se le enfrió la humedad que tenía en las axilas. Sabía que era una pregunta retórica y que justificarse ante esos tipos era inútil.

Al terminar la carga, se acercó uno de los sujetos de negro y le dijo al hombre junto a ellos:

—Listo, jefe. Son un chico y dos chicas, todos de buena calidad.

—¿Tres? —Gruñó el de la voz ronca—. ¿Se fijaron bien que no haya quedado nadie dentro de la combi?

—Sí, seguro. Ya bajamos a los tres y no hay ninguno más.

Beto y Hugo se miraron con la boca abierta.

—¡Se escapó una chica! —Aulló el jefe a sus hombres—. ¡Todos a buscarla!

Los que estaban junto a la camioneta cerraron el vehículo y se internaron entre los árboles con sus linternas. En seguida las luces desaparecieron en el interior del bosque y solo se oían las ramas quebrándose a lo lejos.

—¿Por qué llegaron tarde? —La voz ronca sonó como un susurro.

Al cabo de unos minutos regresaron todos los de negro. Negaban con la cabeza. Beto y Hugo siguieron al jefe que les hizo un gesto para que lo acompañen hasta la camioneta. Abrieron la puerta posterior y el chofer observó la fila de los muchachos recostados. A la izquierda estaba la chica rubia que ya tenía la pollera enrollada en torno a la cintura. En medio el muchacho, acostado con su traje azul. A su lado estaba la morocha de los jeans rotos.

Beto se dio cuenta de inmediato de que faltaba la chica con calzas y buzo negros. Era la del pelo con un lado rapado, la que había vomitado. Recordaba que tenía los ojos celestes o tal vez eran grises. Apenas vio el gesto que el jefe le hizo a sus hombres. Al instante uno de ellos le disparó en el pecho. Beto sintió como un puñetazo contundente golpeándole el esternón. Al instante siguiente se encontraba acostado en el suelo a varios metros de la camioneta. Le estaba costando trabajo respirar. Trató de ignorar el dolor y se apretó las costillas para frenar el sangrado. El líquido tibio se le escapaba por entre los dedos. Hacía fuerza, pero no conseguía detenerlo.

En medio de la oscuridad apareció otro fogonazo. Hugo salió volando hacia atrás y cayó en el césped, duro como una tabla. Beto supo que había muerto, tirado en el suelo, con los ojos abiertos y con sus ropas manchadas. El traje blanco se le ensuciaba cada vez más con la sangre que no cesaba de salir.

La camioneta se alejó seguida por la combi que manejaba uno de los hombres de negro.

Beto casi no tenía fuerzas para sostener las manos sobre el pecho. Los brazos se le cayeron a los lados como los de una marioneta. Sabía que con la sangre se le estaba escapando la vida. La luna apenas iluminaba ese claro silencioso en medio del bosque. No podía distinguir el blanco del traje de Hugo. Su socio estaba cerca, aunque ahora era solo un bulto, una forma. Era una masa del color de las sombras.

Capítulo 2

Parque Nacional Iguazú, Misiones, 26 de mayo de 2015, 8:27 hs.

Faltaba poco para el cambio de turno de los guardaparques.

De camino a su casillero Martín Ledesma pasó junto al área de las duchas del vestuario. Atravesó la nube de vapor tratando de no resbalarse sobre el piso húmedo. Cuando llegó a su gabinete encontró una hoja amarilla pegada debajo del número de su puerta. El mensaje estaba escrito con rotulador negro y decía que debería ir a ver a su supervisor cuanto antes. Martín contó tres signos de exclamación. Le parecieron demasiados para una sola oración.

El hombre estaba en su oficina hablando por teléfono y a través del vidrio le hizo un gesto indicándole que espere. Martín aprovechó para ajustarse el cinturón del uniforme que con el apuro le había quedado flojo. Miró la hora. Estaba seguro de que Lucrecia, su compañera, ya debía estar en la puerta esperándolo con un reto por la tardanza. En ese momento escuchó que lo llamaban.

—Martín, no tengo buenas noticias para vos —le dijo el supervisor invitándolo a sentarse—. Hoy temprano llamó el fiscal y me pidió que te avise que no van a seguir investigando tu denuncia.

—¿Por qué no me llamó a mí?

—Según me dijo, no pudo comunicarse con vos.

—¿Por lo menos te dijo por qué?

El supervisor se encogió de hombros. Martín preguntó:

—¿Tan difícil es hacer laburar a estos cagatintas? Les mandé fotos. Montones de fotos. Se veían bien las trampas que ponen los hijos de puta que se llevan las aves del parque nacional para venderlas. Hasta les pasé un video con unos tipos llevándose una jaula con una pareja de cardenales amarillos.

—No sé, Martín. El fiscal me pidió que te diga eso. Si querés después lo llamás.

—¿Eso es todo lo que podés decirme?

El supervisor se lo quedó mirando un momento. Hizo una mueca con el costado de la boca y le dijo:

—Si te interesa de verdad te voy a decir lo que pienso. Estoy de acuerdo con vos en que nuestro trabajo es proteger la flora y la fauna del parque nacional. Sin embargo, no estoy de acuerdo en hacer estupideces.

—¿Qué mierda me querés decir?

—Vamos, Martín —el hombre lo miró de costado—. ¿Me vas a decir que son mentira los rumores de que te amenazaron? —Tras un instante de tenso silencio, el supervisor agregó—: Pero no estoy de acuerdo en jugarse el culo por eso. No es ningún secreto que ese negocio ilegal mueve millones y que detrás de todo eso están siempre los mismos. Vamos, Martín, ni siquiera podemos decir sus nombres en voz alta. Mientras la gente los siga votando van a seguir...

El hombre calló de improviso. Se reclinó en su asiento y giró hacia la ventana con los dientes apretados. Un instante después inspiró hondo, volvió a mirarlo y le dijo:

—Nos pagan muy poco como para que nos hagan mierda por idealismos. Estoy de acuerdo en que hay que proteger la fauna, pero estoy más de acuerdo en proteger a los que quiero. Tal vez no es tu caso, pero muchos de nosotros tenemos familia.

Cuando salió de la oficina volvió a mirar la hora y empezó a correr por el pasillo. Lucrecia lo esperaba en la entrada del edificio con los brazos cruzados y el ceño apretado.

De camino a la playa de estacionamiento Martín escuchó en silencio los reproches de su compañera. Ella le preguntó qué había estado haciendo en la oficina del supervisor.

—¡Qué hijos de puta! —Dijo Lucrecia y se detuvo para mirarlo de frente—. ¿Cómo puede ser? La denuncia que hiciste tiene fundamentos sólidos. No lo puedo creer —reanudó la marcha y Martín apuró el paso hasta alcanzarla—. Se están llevando estas aves de acá mismo, de la selva misionera para venderlas. Deben estar sacando una fortuna en el mercado negro. ¿No se dan cuenta estos tipos que estos animales están en peligro de extinción, que los protege la ley?

Alguien con overol azul estaba en plena tarea con sus herramientas. Se encontraba debajo de una de las camionetas estacionadas. De pronto oyó algo que hizo que detuviera sus tareas de ajuste. Era la voz de una mujer. Salió por un costado y se asomó sobre la carrocería. Observó que los dos guardaparques se habían detenido frente a la puerta del alambrado. Martín buscaba entre unas llaves y por fin encontró la que necesitaba. El hombre vio que los dos entraban al predio donde estaban estacionados todos los vehículos de parques nacionales.

El de overol volvió a agacharse debajo de la camioneta y empezó a tapar con tierra las manchas que se habían producido durante su labor. Sabía que no le quedaba mucho tiempo. Desde el suelo podía escuchar las quejas de Lucrecia:

—Siempre pasa lo mismo. En pocos años para ver a los cardenales copete rojo los chicos van a tener que mirar un video. Mientras estos hijos de puta hacen sus negocios desaparecen los jilgueros, las reinamoras, los pepiteros.

El que estaba debajo de la camioneta juntó sus herramientas y volvió a asomarse. Se encontraba al lado del espejo donde vio reflejada la cicatriz mal suturada que le surcaba la mejilla. Hizo una mueca de disgusto. En cuanto notó que se acercaban, se alejó a toda velocidad agazapándose entre los vehículos. Llegó hasta un tractor y se quedó escondido detrás de una rueda trasera. Desde ese lugar escuchó los portazos. Con movimientos lentos se asomó. Los dos guardaparques ya estaban a bordo de la camioneta. Tal como lo esperaba, era en la que él había estado trabajando.

—¿Sentís ese olor penetrante? —Le preguntó a Lucrecia antes de encender el motor.

—Sí, lógico. Esto está lleno de autos. Siempre hay olor a nafta.

Desde su escondite, el de overol azul vio que Martín se bajaba y caminaba alrededor de la carrocería. El guardaparque se agachó y supuso que en ese momento estaba revisando debajo del vehículo.

—No hay nada. Ninguna pérdida de líquidos —dijo Martín al regresar a su asiento tras el volante—. ¿Te parece que la lleve a que la revisen?

—Ni en pedo. Dale, que ya es tarde —lo animó Lucrecia que veía dudar a su compañero.

El hombre vestido de mecánico, mientras se limpiaba la grasa de las manos, podía ver como la camioneta se alejaba. Cuando desapareció tras una nube de polvo, recogió sus herramientas y tomó varios sorbos de su petaca.

Capítulo 3

Parque Nacional Iguazú, Misiones, 26 de mayo de 2015, 9:44 hs.

Martín Ledesma sabía que en esos casos lo más importante era no perder la calma. El tablero de la camioneta no mostraba nada malo, sin embargo, los frenos no estaban funcionando. Hacía poco que habían pasado la curva del salto Lanusse y el camino seguía la inclinación descendente del terreno. Levantó el pie y esperó un momento para volver a apretar el pedal del freno. Era como pisar una esponja. La Toyota Hilux de Parques Nacionales estaba ganando velocidad. Su compañera, en el asiento de al lado, le dijo preocupada:

—Estás yendo muy rápido, Martín.

—Lucrecia, agarrate. Estamos sin frenos.

—¿Me estás jodiendo? ¡Por favor frená!

A la velocidad que iban si doblaba en la curva, estaba seguro de que volcarían. Sujetó el volante con fuerza mientras su compañera le gritaba que apague el motor. No había tiempo para explicarle que eso haría que también dejara de funcionar la servodirección. Con el volante endurecido perdería la capacidad de maniobrar las dos toneladas de peso de la camioneta. Estaban yendo hacia el río Iguazú a toda velocidad. Martín sabía que si usaba el freno de mano las ruedas traseras se podrían bloquear y perdería el poco control que todavía le quedaba.

Se precipitaban cuesta abajo y no podía hacer nada para evitarlo.

—¡Agarrate fuerte, Lucrecia!

Ya había puesto la caja de velocidades en segunda y de a poco fue levantando el embrague. Los engranajes chirriaron con furia. Probó de nuevo hasta que entró el cambio, sin embargo, las ruedas patinaban sobre los helechos y los pastos húmedos.

La camioneta apenas tocaba el suelo, parecía estar volando. El río se encontraba a pocos metros. Él se aferraba al volante con todas sus fuerzas. Se estaba acabando la rivera y debía decidirse por frenar estrellándose contra una araucaria o doblar a la derecha y caer en el río.

De costado vio la mano de Lucrecia que señalaba en dirección al Iguazú. No sabía si era una advertencia o una recomendación. Torció el volante inclinando el cuerpo. Al pasar junto al árbol el costado izquierdo de la carrocería se aplastó y desapareció el espejo retrovisor de su lado. Por el parabrisas ya no se veía el suelo.

Estaban en el aire.

El Toyota cayó al agua de punta y el río frenó parte de la aceleración de la caída. En la cabina la inercia los zamarreó como si fueran muñecos de trapo. En medio del impulso, Martín se golpeó la cabeza con el marco de la puerta. Todo a su alrededor se puso negro.

Cuando abrió los ojos estaba debajo del agua helada.

No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente. Acercó la cabeza a una burbuja de aire retenida contra el techo de la camioneta y la inspiró con una fuerte bocanada. A su alrededor el Toyota se encontraba inundado por completo. Todo se estaba poniendo cada vez más oscuro. De memoria se soltó el cinturón de seguridad y luego siguió buscando con las manos. Tanteaba a su alrededor. Lucrecia tenía que estar allí, en medio del líquido verde que se opacaba a cada momento.

La encontró a su lado.

Le apretó la mano, pero ella no reaccionaba. En medio de la penumbra helada recorrió su cinturón de seguridad hasta que encontró la presilla. A oscuras consiguió

quitarle las correas de sujeción. Martín salió nadando por su ventanilla y rodeó el vehículo a tuestas hasta llegar al otro lado. La agarró por las axilas y se impulsó con los pies apoyados en el marco de la puerta. La pudo sacar más fácil de lo que esperaba.

Por la corriente que sintió supuso que el Toyota seguía hundiéndose con rapidez. En medio de la oscuridad casi total, vislumbró el movimiento de partículas brillantes. No había más tiempo. Supuso que eran las burbujas y nadó siguiendo esa dirección. Esperaba que estuvieran yendo hacia la superficie porque era hacia donde remolcaba el cuerpo flojo de Lucrecia.

Cuando la claridad del agua empezó a aumentar, los pulmones le ardían y el corazón le palpitaba en el pecho a un ritmo desenfrenado. En medio del zumbido los latidos del pulso le martillaban los tímpanos. Arriba, a pocos metros, se veía el cielo deformado por la superficie que parecía hecha de plástico.

Necesitaba aire. Se apuró desesperado y se le acalambraron los gemelos. El repentino agarrotamiento casi le hizo soltar a su compañera.

Al sacar la cabeza del agua tosió el líquido que se le había metido en la garganta. El aire que entraba por la boca parecía insuficiente. Hubiera deseado poder respirar con mayor velocidad. De a poco los músculos volvieron a obedecer y pudo mantenerse a flote sosteniendo la cara de Lucrecia fuera del agua. La corriente del río los estaba alejando de la orilla. La fatiga que sentía le impedía nadar. Necesitaba descansar un momento. Se dejó llevar manteniendo a su compañera a flote.

Sabía que no podían permanecer en el agua fría mucho tiempo más, de modo que con la mano libre nadó procurando alcanzar la orilla. El río se había angostado y la corriente era más rápida. Con las fuerzas que le quedaban, se impulsó con las piernas hasta que consiguió aferrarse a unas raíces flotantes.

Se sentía sin energías para subir por las plantas y entonces vio que Lucrecia estaba muy pálida. Como pudo trepó cargando a su compañera hasta que ambos cayeron en una playa de tierra roja. Martín apenas podía moverse con las piernas casi rígidas por los calambres. Ella había quedado acostada a su lado. Se ayudó con los brazos para ponerse de rodillas junto a Lucrecia. En ese momento casi no sentía las piernas y le dolían los hombros. Se mordió el labio con fuerza y se concentró en las maniobras de reanimación.

Separó las rodillas para lograr mantenerse en equilibrio. Se enderezó y apoyó el talón de una de las manos entrelazadas en el esternón de Lucrecia. Con los brazos extendidos comenzó las compresiones. No era la primera vez que ponía en práctica esos conocimientos. Debía conseguir hundir las costillas varios centímetros. Contó hasta treinta. Insufló aire dos veces sobre los labios helados de su compañera. Cuando empezó la segunda ronda, observó la sangre en la mejilla. No era de ella. La hemorragia era de Martín. Se acordó del golpe. El uniforme se manchaba cada vez más. El esfuerzo hacía que la sangre goteara sobre su pecho.

El ritmo que llevaba era bueno. Según su reloj estaba cerca de las cien compresiones por minuto. Se detuvo algunas veces buscando latidos al costado del cuello de Lucrecia. No se movía nada debajo de sus yemas. Pasaron seis minutos de reanimación sin resultado.

Ocho minutos. No quería dejarla ir. Hacía un rato había agregado gritos a la maniobra, para llamarla, para darse ánimo.

A los doce minutos el llanto le robó la poca fuerza que le quedaba. Los brazos estaban temblándole y los codos ya no pudieron sostenerlo más. Cayó sobre el barro rojo como un boxeador vencido y permaneció allí tendido, recuperando el aliento.

Martín se quedó acostado mirando hacia arriba. Mientras veía pasar las nubes se preguntó si Lucrecia antes de irse habría notado que él había hecho todo lo posible. Empezó a sentir frío y cada vez temblaba más fuerte.

Cuando el equipo de rescate los encontró, unas horas más tarde, todos pensaron que los dos estaban muertos. Martín tenía la ropa llena de barro, una cicatriz en la sien izquierda y la sangre se le había secado alrededor de la mitad de la cara. Ella estaba muerta y él tenía muy débil el pulso. Lo desvistieron a toda velocidad y lo envolvieron con unas mantas.

Poco después cayó la noche sobre el río Iguazú y la playa volvió a quedar desierta. El barro conservó las pisadas y la sangre, pero no por mucho tiempo.